

Newsletter INSECAP UCES

Facultad de Ciencias Económicas

Editorial

El pasado 27 de octubre, los argentinos consagraron como presidente a Alberto Fernández, quien resultó electo con algo más del 48% de los votos, casi 8 puntos más que el actual presidente Mauricio Macri. El escenario de la elección tuvo varios parecidos de familia con las de 1989: un contexto de fuerte crisis económica (aunque sin los niveles de hiperinflación de entonces), una alta polarización y la victoria del peronismo. En 1989, y tras un sexenio de malos resultados en materia económica, el candidato peronista Carlos Menem había obtenido la misma cifra que Fernández (poco más del 48%); en tanto que el candidato del oficialismo (Eduardo Angeloz), un par de puntos menos del 40%. La tercera opción había sido Álvaro Alsogaray, de la liberal UCeDé, quien había obtenido un 7% de los votos (cifra similar a la que obtuvo Roberto Lavagna).

Por ese entonces, el presidente Menem viró hacia la ortodoxia económica, adaptándose a los tiempos pos Muro de Berlín. Sus dos primeros años de gestión fueron erráticos, pero, a partir de 1991, con la instauración de la Convertibilidad, se anotó su principal logro: eliminar la inflación en Argentina. Si bien la economía creció fuerte entre 1991 y 1998, las reformas estructurales de su gobierno dejaron un tendal de perdedores: la pobreza y el desempleo se dispararon a pesar del intenso crecimiento.

La historia actual es muy distinta de la de 1989. El mundo de la década que está por comenzar es muy diferente del que siguió a la Guerra Fría, marcado por la clara supremacía norteamericana. Actualmente, el centro gravitatorio de la economía mundial está girando cada vez más del Atlántico al Pacífico, con Asia (y China) como el motor del capitalismo global. Mientras tanto, la región, que en los 90 se encontraba dando sus primeros pasos de restauración democrática, se encuentra hoy atravesada por conflictos y problemas de severo tipo, que incluyen enormes movilizaciones en el “exitoso” Chile, dramática y prolongada crisis económica en Venezuela, estallidos sociales en el estancado Ecuador, falta de legitimidad electoral en la modernizada Bolivia, crisis institucional en el económicamente estable Perú y una hiperideologización conservadora en el gigante de la región, Brasil. Tal es esta hiperideologización que el presidente Jair Bolsonaro se rehusó a felicitar a Fernández por su triunfo, limitándose a decir que “Argentina eligió mal” y que “nos preparamos para lo peor”.

Alberto Fernández recibe este mundo y, a nivel local, una herencia macroeconómica y social todavía más compleja que la que recibió Macri hace cuatro años. La economía termina 2019 con un producto per cápita 9% menor que el de 2015, menos pymes en funcionamiento, menos empleo de calidad, más endeudada, con un nuevo “cepo” cambiario, con inflación mayor que el 50% y, como corolario de todo ello, con una pobreza superior al 35%.

En este contexto, en este informe nos focalizaremos en analizar qué debe ocurrir para que Argentina pueda erradicar, por fin, la pobreza. ¿Es posible hacerlo en una generación? Sí, y ello da motivos para ser optimistas, a pesar de que la situación social y económica sea hoy tan delicada.

¿CUÁNTO TIEMPO LLEVA LLEGAR A LA POBREZA CERO?

El presidente electo Alberto Fernández recibirá un país con una pobreza por ingresos¹ cercana al 40%. La última medición oficial, referida al primer semestre de 2019, mostró que la pobreza alcanzó al 35,4% de la población, es decir, a unos 16 millones de personas. Tras la aceleración inflacionaria que siguió a las PASO, esa cifra ya quedó vieja, y es dable esperar un aumento de varios puntos más en esta segunda mitad del año. De ahí que hablar de 40% de pobres para fines de 2019 no resulte exagerado.

La última medición oficial muestra una Argentina con la mayor tasa de pobreza desde 2008, y 10 puntos más elevada que en 2017. El objetivo de la pobreza cero (eslogan de campaña de Cambiemos en 2015) se alejó dramáticamente producto de la crisis cambiaria iniciada en abril de 2018.

Más allá de este contexto tan negativo, ¿es factible que Argentina pueda alcanzar la pobreza cero? Si es así, ¿cuánto tiempo demandaría? La respuesta es que sí, es factible. Pero el tiempo que demoraremos en alcanzarla depende fundamentalmente de lo que ocurra con dos variables: a) el ingreso per cápita (es decir, con el PBI per cápita), y b) la distribución del ingreso. Vayamos paso a paso.

Separando la paja del trigo: crecimiento, pobreza y desigualdad

Crecimiento económico, pobreza y desigualdad están interrelacionados, pero son tres nociones distintas. Pobreza es un concepto abstracto que alude a estar por debajo de un umbral mínimo de bienestar. En Argentina, el INDEC define ese umbral mínimo a partir de una canasta básica que incluye ciertos

rubros y excluye otros. Vale aclarar que siempre hay cierta dosis de arbitrariedad en la construcción de las líneas de pobreza y en lo que entendemos como “básico” (canasta básica, necesidad básica). Es por ello que el nobel de Economía Angus Deaton, experto en la temática, señala que las líneas de pobreza son tan científicas como políticas. Científicas en tanto implican una serie de saberes técnicos para construirlas rigurosamente, pero políticas en tanto tenemos que tomar una decisión acerca de qué consideramos como “básico”. Si consideramos pocas cosas como “básicas”, probablemente la cifra de pobreza será baja. Si evaluamos muchísimas cosas como “básicas”, la cifra de pobreza será más alta. Por ejemplo, si la canasta básica alimentaria de Argentina estuviera compuesta solamente de arroz, la pobreza extrema² en Argentina sería decididamente menor. Si tuviera lomo, jamón crudo, palta y almendras, sería notoriamente mayor.



¹ Aquí nos referimos a la pobreza por ingresos, que surge de comparar los ingresos de una familia contra el precio de una canasta básica de referencia. La pobreza por ingresos se diferencia de la pobreza multidimensional en tanto que esta no presta tanta atención a lo monetario y se focaliza más en cuestiones estructurales, tales como el acceso a servicios públicos (como cloacas o agua potable), hacinamiento, materiales de la vivienda o si los niños se encuentran yendo a la escuela.

² Se denomina “pobreza extrema” (o indigencia) a aquellas personas cuyos ingresos no alcanzan ni siquiera para cubrir una canasta básica alimentaria. Todo indigente es pobre, pero no a la inversa (ya que hay personas pobres que cubren la canasta alimentaria, pero no la canasta total, que incluye rubros como vestimenta, salud, transporte, etc.).

¿Sabías que... no existe una definición “objetiva” de pobreza? Siempre implica ciertas dosis de arbitrariedad, ya que una sociedad tiene que ponerse de acuerdo en qué considera una “necesidad básica”. Por tal razón, si Argentina midiera la pobreza con la metodología estadounidense, tendría 70% de pobres. Si la midiera con la metodología chilena, tendría alrededor del 15%.

Hecha esta aclaración, podemos definir como “pobre” a aquella persona que está debajo de un umbral mínimo absoluto de bienestar. Por ejemplo, actualmente, si una familia tipo tiene ingresos por \$25.000, entonces sería pobre, dado que la línea de pobreza para ese hogar es hoy de unos \$35.000. En la práctica, es un poco más compleja la medición de la pobreza, ya que el INDEC tiene en cuenta otras variables adicionales, como, por ejemplo, el tamaño del hogar: la canasta básica es más cara mientras más personas vivan en el hogar, y viceversa. Es por esa razón que, si un hogar gana \$15.000 al mes, no es automáticamente pobre (si viviera una sola persona, no lo sería). Del mismo modo, un hogar con ingresos de \$50.000 no es automáticamente “no pobre”, puesto que, si allí vivieran diez miembros, no alcanzaría para las necesidades de todos.

¿De qué hablamos cuando hablamos de desigualdad?

Así como la pobreza refiere a una dimensión absoluta, la desigualdad es un concepto que implica una relación entre dos o más personas. La definición de desigualdad por ingresos podría entenderse como “cuántas veces más gana «A» respecto de «B»”. Por ejemplo, en Argentina, el 10% de mayores ingresos dice ganar³ 20 veces más que el 10% más pobre.

Es común que se crea que, si baja la desigualdad, la pobreza en un país baja automáticamente. O, a la inversa, que, si sube la desigualdad, la pobreza también lo hará. Esta suposición es un error, ya que es clave ver lo que pasa con una tercera variable: el ingreso medio per cápita (que aquí tomaremos como sinónimo de PBI per cápita). Pongamos un ejemplo para que se entienda mejor.

¿Sabías que... desigualdad es un concepto que alude a una relación entre dos o más personas? Por eso, es siempre relativa. La pobreza, en cambio, es absoluta: mide los ingresos de un hogar respecto de una canasta básica, independientemente de cuánto ganen los demás.

Imaginemos un país en el año 2018, donde «A» gana 4 panes diarios, «B» gana 16 panes diarios y que, en ese país, la línea de pobreza establece que es pobre todo aquel que gana menos de 5 panes diarios. En este país, llamémoslo, “Panlandia”, el ingreso total es de 20 panes y como viven dos personas, el ingreso per cápita es de 10. Asimismo, «A» es pobre y «B» no (de modo que la pobreza es 50%), y la brecha de desigualdad es de 4 a 1 (es decir, «B» gana 4 veces más que «A»).

³ Remarcamos lo de “dice ganar” puesto que la Encuesta Permanente de Hogares (EPH) capta el ingreso declarado por los individuos. Existe fuerte evidencia de que a mayor ingreso, las personas tienden a decir que ganan menos que lo que realmente ganan.

Ahora imaginemos ese mismo país en 2019. «A» gana 10 panes diarios y «B» gana 90. El ingreso total es de 100, y el per cápita de 50. Aquí pasaron dos casos: «A» dejó de ser pobre, de modo que la pobreza bajó al 0%. Pero, a la vez, la desigualdad entre «A» y «B» se amplió de 4 veces a 10. ¿Cómo puede ser que haya bajado la pobreza con suba de la desigualdad? La clave está en el tercer término que mencionamos: el crecimiento. El ingreso per cápita se quintuplicó, y esta intensa expansión más que compensó el deterioro de la desigualdad.

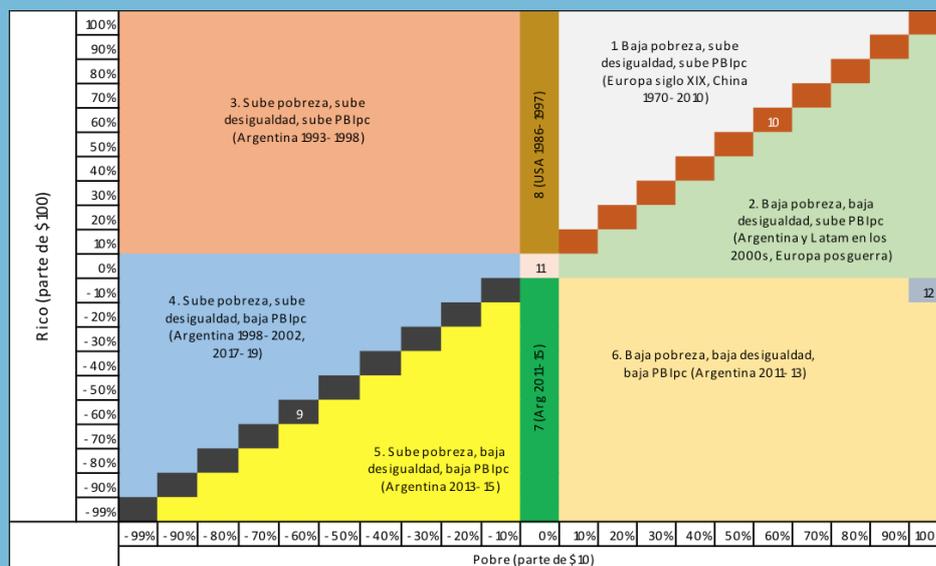
Un esquema clarificador

Con base en lo anterior, podemos decir que lo que pase con la pobreza será el resultado de la interacción entre el crecimiento del ingreso per cápita y de la evolución de la desigualdad. En términos simples,

variación de la pobreza = variación del ingreso + variación de la desigualdad⁴

El esquema a continuación muestra distintas combinatorias de variaciones del ingreso per cápita (PBIpc), desigualdad y pobreza. A los fines didácticos, supone que en un país hay dos personas, una de las cuales es la más pobre (y gana 10) y otra es la más rica (y gana 100). En la mitad derecha del gráfico tenemos situaciones donde la pobreza baja (y viceversa en la mitad izquierda); en la mitad superior, tenemos situaciones donde los ricos mejoran su situación absoluta (y viceversa en la mitad inferior). En tanto, la desigualdad subirá en las situaciones que se encuentren por encima de la diagonal gris-marrón, y viceversa. Veamos algunos ejemplos.

Esquema 1: Interacciones entre crecimiento económico, pobreza y desigualdad



Fuente: elaboración propia.

La sección 1 del esquema (arriba a la derecha) muestra un escenario en el cual tanto el pobre como el rico mejoran su ingreso a lo largo del tiempo, pero el rico lo hace en un porcentaje mayor, como en el ejemplo descripto. De este modo, sube el ingreso per cápita, baja la pobreza y sube la desigualdad. Sobran ejemplos en la historia cuando ocurrió esto. Uno es el siglo XIX en Europa y Estados Unidos, tras la

Revolución Industrial; uno más reciente, China desde los años 70, cuando era un país muy igualitario, pero con el grueso de la población siendo pobre. Hoy China es mucho más desigual que hace 40 años, pero la mayoría de la población mejoró su situación absoluta, aunque algunos lo hicieron a un ritmo mucho más vertiginoso, dando así lugar a una sociedad mucho más estratificada.

⁴ Si bien no todos los métodos de desagregación de la variación de la pobreza permiten hacer una desagregación exacta entre el efecto del crecimiento y el de distribución (es decir, queda un residuo), Mahmoudi desarrolla un método en el que la desagregación sí es exacta. Aquí hacemos uso del método de Mahmoudi.

¿Sabías que... en el siglo XIX, en Europa bajó la pobreza junto con una suba de la desigualdad? Algo similar viene ocurriendo en las últimas décadas con China.

Una situación algo distinta es la que se encuentra en la sección 2 del esquema (también arriba a la derecha), donde se comparte con el caso anterior una baja de la pobreza y una suba del ingreso per cápita, aunque con una baja la desigualdad. Este escenario es lógicamente el más deseable de todos. ¿Ocurrió alguna vez en la historia? Sí, muchas veces, como, por ejemplo, en la América Latina del *boom* de los *commodities* (incluyendo nuestro país entre 2003–2011) y en Europa en la segunda posguerra.

El cuadrante noroeste (arriba a la izquierda) muestra una situación en la cual el pobre empeora su situación y el rico la mejora (algo así, como un “Hood Robin”). En los medios, es usual que cuando se hable de suba de la desigualdad se la piense automáticamente en esta situación, cuando se titula “Los ricos, cada vez más ricos; los pobres, cada vez más pobres”. La Argentina de los 90 sí tuvo mucho de esto: el ingreso per cápita creció fuerte, pero la desigualdad empeoró tanto que la pobreza subió significativamente. En general, los procesos de crecimiento económico suelen implicar baja de la pobreza (aunque no necesariamente de la desigualdad); sí es menos frecuente que se registre un fuerte crecimiento económico con aumento de las personas con necesidades insatisfechas. En el caso de la Argentina de los 90, la particularidad se debe a que el país experimentó una drástica transformación productiva que, si bien modernizó a varios sectores, generó multitudes de perdedores, con consecuencias muy negativas en el desempleo y, por ende, en la pobreza.

¿Sabías que... pueden existir procesos de crecimiento económico donde la pobreza suba? Argentina entre 1991 y 1998 es ejemplo de ello. El factor que explica este fenómeno es que la suba de la desigualdad más que compensó el crecimiento económico.

Abajo a la izquierda tenemos dos escenarios muy negativos. Uno de ellos implica caída del ingreso per cápita, suba de la pobreza y suba de la desigualdad (sección 4). En situaciones así, los más pudientes se empobrecen, pero los pobres lo hacen relativamente más: ello ocurrió en la Argentina de la crisis de la Convertibilidad (1998–2002) y en los últimos dos años. Si los pobres se empobrecen pero relativamente menos que los ricos, tenemos una suba de la pobreza junto con una caída de la desigualdad (algo así como un “nivelar para abajo”, sección 5). Esto ocurrió en Argentina entre 2013 y principios de 2015. Aquí tenemos claramente un ejemplo de una baja de la desigualdad que nada tiene de virtuosa.

Por último, en el cuadrante sudeste tenemos una baja de la pobreza y la desigualdad, que se da junto con una caída del ingreso per cápita, producto de que los ricos retroceden. Esto es lo que se supone debiera ocurrir inicialmente en algunas revoluciones o en procesos redistributivos muy fuertes. En Argentina, esta dinámica se dio –en bajas dosis– entre 2011–2013: la pobreza bajó un poquito, pero el PBI per cápita se contrajo; la razón es que la mejora de la desigualdad más que compensó el deterioro del ingreso por habitante. Estos procesos, por lo general, tienden a implicar tensiones sociales, ya que los sectores más acomodados de la sociedad retroceden. Un ejemplo lo ilustra bien: el enojo de muchos

trabajadores de altos ingresos con el gobierno de Cristina Kirchner, que subía la presión fiscal en el Impuesto a las Ganancias, a la vez que convalidaba aumentos de la Asignación Universal por Hijo (AUH) muy por arriba de la inflación y la media salarial⁵.

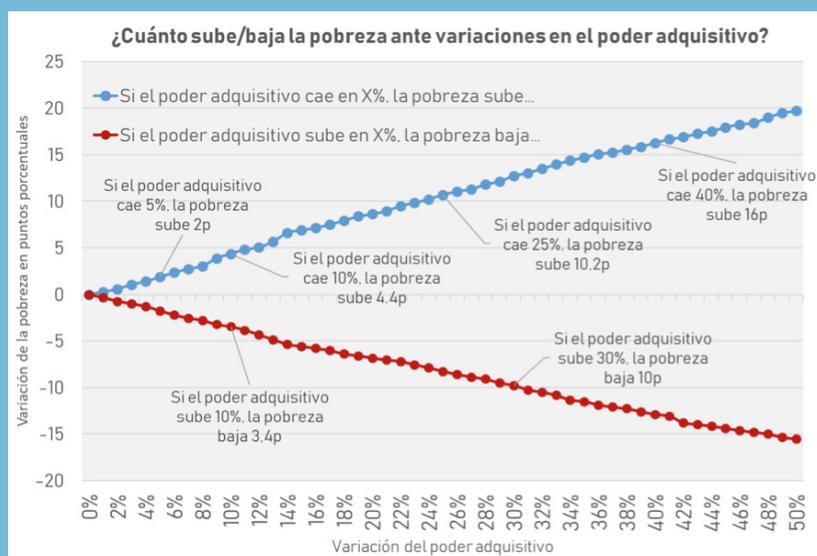
LA REGLA DEL “5 A 2”

Hasta ahora, nos hemos movido más en el terreno de lo conceptual. Pero en la Argentina actual, ¿qué debe pasar con el crecimiento del ingreso medio (o del poder adquisitivo medio, de ahora en más los consideraremos sinónimos) y con la desigualdad para que la

pobreza pase del actual 35,4% a un, pongamos, 30%?

Vamos con un ejercicio bien simple primero. El Gráfico 1 muestra qué ocurriría con la pobreza ante un movimiento del ingreso medio. La línea azul muestra cuánto sube la pobreza para un determinado deterioro del poder adquisitivo. Por ejemplo, si hoy el poder adquisitivo cayera 5%, la pobreza subiría 2 puntos (del 35,4% actual al 37,4%). Si cayera un 10%, la pobreza subiría 4,4 puntos (del 35,4% a un 39,8%), y así sucesivamente. Aproximadamente, por cada 2,5% que cae el poder adquisitivo, sube 1 punto la pobreza o, en números redondos, por cada 5% que se contrae el ingreso real, la pobreza trepa 2 puntos. Esa es la “regla de almacenero” en la Argentina actual.

Gráfico 1



Fuente: Favata, Zack y Schteingart en base a EPH-INDEC del primer trimestre de 2019.

A la inversa, la línea roja muestra cuánto caería la pobreza ante una mejora del poder adquisitivo. Por ejemplo, una suba del poder adquisitivo del 10% hace que la pobreza baja 3,4 puntos (del 35,4% actual al 32%). En tanto, una del 30% haría que la pobreza baja 10 puntos (hasta volver a los valores de fines de 2017). La regla aquí es que, aproximadamente, por cada 3% que sube el ingreso per cápita, la pobreza baja un punto.

¿Sabías que... por cada 5% que se deteriora el poder adquisitivo, la pobreza sube 2 puntos porcentuales?

⁵ Entre julio de 2012 y julio de 2015, la AUH subió 210% y el salario promedio bruto (es decir, antes de Ganancias) un 120%. La inflación fue del 119%.

El lector atento podrá preguntarse: ¿no hay una asimetría aquí? ¿Por qué 2,5% de deterioro del poder adquisitivo genera 1 punto de suba de la pobreza, y para volver a bajarla necesitamos un 3% de mejora del ingreso medio? No hay asimetría. Si ganamos 100 y nos recortan el 50% de nuestro sueldo, pasamos a ganar 50. Si luego nos aumentan un 50%, no volveríamos a ganar 100, sino 75. La lógica aquí es la misma.

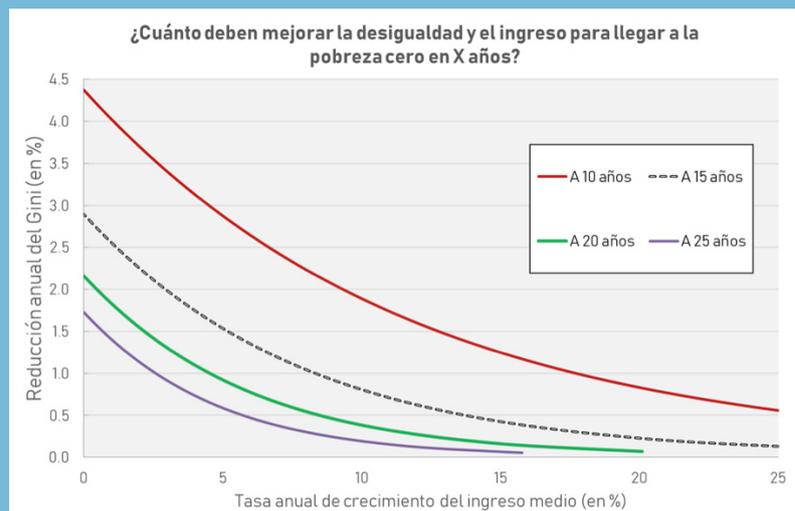
En el ejercicio de recién, solo asumimos variaciones del ingreso medio, pero sin cambios distributivos. Es decir, el ejercicio previo supone que, si el PBI per cápita crece 2%, el ingreso medio per cápita lo hará en 2% para todas las personas por igual. Pero en la experiencia real siempre hay cambios distributivos; nunca ocurre que la distribución del ingreso quede exactamente igual entre un año y otro. Entonces, la pregunta ahora es la siguiente: ¿qué combinaciones de crecimiento y cambios en la distribución del ingreso permiten bajar la pobreza al X% dentro de un período de tiempo?

Formas de llegar a la pobreza cero

Dejando todo lo demás constante (lo que en economía se llama *ceteris paribus*), una mejora distributiva baja la pobreza. Volvamos al ejemplo de arriba, donde «A» gana 4 panes y «B», 16 y la línea de pobreza es de 5 panes. Si le aplicamos un impuesto de 2 panes a «B» y con lo recaudado se lo damos a «A», tenemos que «A» gana 6 (y deja de ser pobre) y «B» gana 14, y el ingreso medio es exactamente el mismo (10 panes). En la sección anterior también vimos que, *ceteris paribus*, el crecimiento económico (es decir, que el ingreso de todas las personas sube en la misma proporción) también baja la pobreza. En el ejemplo de los panes, sería que «A» pase de ganar 4 a 8 y «B» de 16 a 32 (ambos duplican su ingreso, el ingreso medio se duplica, y la desigualdad es exactamente la misma).

La cuestión se pone un poco más compleja cuando intentamos combinar crecimiento con distribución del ingreso. Veámoslo mejor en el Gráfico 2, que contiene cuatro curvas. Cada una de las curvas tiene combinaciones de crecimiento del ingreso familiar medio con mejoras distributivas (disminución del coeficiente de Gini⁶).

Gráfico 2



Fuente: Favata, Zack y Scheingart en base a EPH-INDEC (primer trimestre 2019).

⁶ El coeficiente de Gini oscila entre 0 y 100 (o entre 0 y 1), y fue creado en el siglo pasado por el italiano Corrado Gini. Es una de las medidas más usadas para medir desigualdad; el coeficiente asume el valor 0, si el ingreso de una sociedad se repartiera en todos por igual, y 100, si una sola persona se quedara con el total del ingreso. Estos valores extremos nunca se dan a nivel de país; actualmente, los países más igualitarios del mundo (los escandinavos y algunos excomunistas, como República Checa, Eslovaquia o Ucrania) tienen un Gini cercano a 25. Los países más desiguales (los del sur de África) tienen valores cercanos a 60. Argentina está en 43. A modo de referencia, durante el comunismo, los valores del Gini estuvieron en torno a los 18-22 puntos en países como Checoslovaquia. La Suecia de los años 80 (muy socialdemócrata) tuvo niveles de Gini cercanos a 20 también.

La línea roja muestra distintas combinaciones de crecimiento y baja del Gini para lograr el objetivo bien ambicioso de lograr la pobreza cero en 10 años. Por ejemplo, si el ingreso medio creciera al 25% por año y el Gini disminuyera a razón de 0,5% por año, en 2029 habríamos eliminado la pobreza. El mismo resultado podría lograrse si Argentina creciera al 10% anual y bajara el Gini a razón de un 2% por año. Si Argentina no creciese, el esfuerzo distributivo debería ser todavía mayor: el Gini debería mejorar 4,4% por año, lo cual implicaría una intensísima redistribución progresiva del ingreso, que generaría fuertes resistencias por parte de los sectores más acomodados. También puede bajar la pobreza con decrecimiento del ingreso medio, pero con un esfuerzo distributivo todavía mayor (en el Gráfico solo pusimos valores de crecimiento positivos, pero la línea roja bien puede continuar por la izquierda del cero). En pocas palabras, se puede llegar a la pobreza cero en 10 años combinando tasas de crecimiento y mejoras distributivas muy difíciles de lograr en la práctica.

¿Sabías que... si Argentina creciera per cápita al 2,5% por año, a la vez que mejorase su coeficiente de Gini al 1% anual, podríamos llegar a pobreza cero en una generación?

Las otras líneas muestran lo mismo, pero siendo más pacientes en cuanto a los plazos. Como se puede ver, si queremos alcanzar la pobreza cero en 25 años (línea violeta), las exigencias en materia de crecimiento y distribución son notoriamente menores. Por ejemplo, si crecemos al 2,5% anual y, en simultáneo, el Gini baja 1% por año, para dentro de un cuarto de siglo estaremos cerca de la pobreza cero. La Argentina del 2044 tendría un ingreso per cápita similar al que hoy tienen países como Eslovenia, Israel o España, y un Gini de 33 puntos, parecido al de Francia, Alemania o Suiza (hoy es de 43).

A modo de cierre

Crecer al 2,5% per cápita anual implicaría, dado el crecimiento demográfico de Argentina (1% anual), que la economía en su conjunto crezca al 3,5% cada año. No se trata de una “tasa china”, pero tampoco es una cifra baja. Teniendo en cuenta el historial de Argentina de las últimas cuatro décadas, crecer al 3,5% por año sería algo para estar más que conformes. Pero para que ello sea posible, hacen falta dos cosas fundamentales, una más del corto plazo y otra del mediano-largo.

¿Sabías que... la pobreza “casi” cero existe en varios países del mundo? Si Noruega midiera la pobreza como lo hace Argentina, la pobreza sería inferior al 1%. Lo mismo puede decirse de países como Alemania, Bélgica o Dinamarca.

En el corto plazo, es imposible crecer si existe tanta volatilidad macroeconómica. De este modo, el primer objetivo del gobierno de Alberto Fernández tendrá que ser poner toda la artillería en estabilizar la *macro*, lo cual implica como condición necesaria (pero no suficiente) acuerdos sociales entre los distintos actores (trabajo y capital) para aplacar las muy altas expectativas inflacionarias que tiene hoy la economía.

Pensando en el mediano y largo plazo, es imposible pensar en crecimiento sostenido si Argentina se topa a cada rato con la restricción externa, esto es, con la falta de dólares. Y para que ello no ocurra es fundamental exportar, exportar y exportar cada vez más y, en ciertos sectores donde hay capacidades, ahorrar dólares sustituyendo mejor importaciones. Nada de ello se puede lograr sin una política productiva, científica y tecnológica activa alineada con una política macroeconómica que apunte a bajar la volatilidad cuanto antes. Esperemos que el gobierno entrante pueda encaminar las cosas en esta dirección lo antes posible.

Editor Responsable
Dr. José Basso

Staff

Instituto de Economía Aplicada
Director: Mariano de Miguel

Director Académico
Diego Coatz

Coordinador de Publicaciones y Boletín
Daniel Schteingart

Colaboradores
Ignacio Cosentino, Joaquín Escardó, Enrique Aschieri

Asistentes de Investigación
Daniela Moya y Leonardo Pataccini

Facultad de Ciencias Económicas
Decano: Dr. Eduardo Gherzi

Paraguay 1457 (C1061ABA), Ciudad de Buenos Aires, Argentina
Tel.: 4815-3290 int. 831. Fax: 4816-5144
<http://www.uces.edu.ar/>